

sar en tal proyecto, si bien Demetrio logró fugarse y robar el cetro. Fraates acudia para sujetarlo, cuando los Escitas lo obligaron á proveer á la defensa de su propio reino.

125. La desventura no habia madurado el juicio de Demetrio, y en vez de consolidar su débil dominio, se mezcló en las discordias civiles de Egipto. Cleopatra, repudiada por Tolomeo Fison, lo llamó para vengarla, prometiéndole la corona. Acudió en efecto al llamamiento y puso sitio á Pelusio: pero Fison lo obligó á regresar en breve á sus Estados, sublevando en su contra á Alejandro Zebina, que diciéndose hijo de Bala, pretendia la corona. Derrotado Demetrio por éste cerca de Damasco, se refugió en Tiro, donde un traidor lo hizo matar; despues de su muerte se dividió el reino entre Cleopatra, su mujer, y Alejandro Zebina.

Hemos traspasado los limites de esta época para llegar al fin de un imperio ántes tan poderoso; y decimos al fin, porque los Partos habian ocupado el Asia Superior hasta el Eufrates; los Hebreos se habian emancipado de toda dependencia, de suerte que aquel reino se limitaba á la Siria propiamente dicha y á la Fenicia; y desde este momento la historia de los Seleúcidas ya no presenta mas que una horrible alternativa de guerras civiles, cuestiones domésticas y enormes crueldades. Los Romanos veian con placer este reciproco laceramiento, que aproximaba para ellos el instante de extender la mano tambien sobre aquel reino, y convertirlo en una nueva provincia.

## CAPÍTULO XVI

Tercera guerra púnica.

Ensoberbecida Roma con haber triunfado de tantos enemigos, no encontraba ya á quién dominar mas que á su rival Cartago. Se habia ajustado la paz entre ambas repúblicas; pero el sistema general de la política romana requería guerra, y para ella le ofrecian fácil pretexto las quejas que por una y otra parte continuaban; porque haciendo sentir Roma á Cartago toda la maldicion del *vae victis*, le imponia cada vez nuevas humillaciones; la ofendia, y se quejaba como es costumbre entre los fuertes. Cartago desarmada se afanaba en vano buscando proteccion entre sus vencedores, é invocando la justicia de un pueblo, que no conocia otra sino la del interes.

Masinisa. Masinisa, rey de Numidia, padre de cuarenta y cuatro hijos, anciano feroz é inquieto, á quien la muerte parecia respetar para desgracia de Cartago, iba aumentando su poder en menoscabo de esta. Astuto en los consejos, esparcía gérmenes de discordia entre ambas repúblicas: acusó á Cartago de haber dado auxilio á Anibal, y Cartago, para mostrar su inocencia, envió naves que persiguiesen á su general, confiscó sus bienes, destruyó su casa, y reveló al Senado una comision que habia dado aquel á

Ariston. Despues Masinisa afirmó que los Cartagineses habian entablado relaciones con Perseo para ligarse con él; y los embajadores enviados de Roma descubrieron que el Sanedrín cartagines habia recibido de noche, en el templo de Esculapio, á los mensajeros del rey macedonio. Luego que el Nómida excitó en Roma todos estos recelos contra su rival, ocupó á Emporio, país marítimo inmediato á la pequeña Sirte, y cuando los Cartagineses reclamaron, los legados enviados de Roma para averiguar el hecho, dieron la razon á Masinisa. Poco despues invadió este otra provincia, y en seguida otra: enviado Escipion Africano á terminar las diferencias, no quiso por la justicia disgustar al aliado; y aunque en el año 181 Roma prometia conservar la integridad de su territorio á los Cartagineses, no se pasó mucho tiempo sin que el Nómida ocupase otra provincia, y setenta ciudades ó aldeas, sin que Roma hiciera nada para estorbarlo.

199. En la guerra contra Perseo, Masinisa auxilió á los Romanos, y fué recompensado; los Cartagineses ofrecieron hombres, naves y vituallas, y esto se consideró como un acto de pavor y envilecimiento. Temiendo sin embargo que desesperados se uniesen á los Macedonios, expidió Roma al censor Caton á componer las diferencias; pero se presentó tan parcial é inflexible, que los Cartagineses recusaron su arbitraje. No olvidó aquel severo y orgulloso censor la afrenta; y ya por esto, ya por celos de los Escipiones, á quienes veía preponderar en el Senado, no cesaba de aconsejar la destruccion de Cartago. Los Escipiones, ó porque gozasen dejando subsistir aquel vivo trofeo de su gloria, ó porque temiesen, como decian, que Roma se debilitara al cesar el apremiante peligro, se oponian á la ruina de la ciudad rival: el censor, por el contrario, se esforzaba en convencer á sus conciudadanos del riesgo que ofrecian la corta distancia y la creciente poblacion de Cartago, y en todos los discursos que pronunciaba en el Senado, fuese cualquiera el asunto, concluía siempre diciendo: *Opino ademas que se debe destruir á Cartago.*

Quien conociese á Roma podia prever que habia de tomarse al fin un partido violento, tanto mas cuanto que la ciudad fenicia iba preparando con sus manos los triunfos de su rival. Aquí debemos detenemos un poco á meditar sobre la decadencia de aquel Estado, porque la caída de las repúblicas instruye mucho mas que la de los imperios. Estos algunas veces se arruinan ó se mantienen por efecto de las virtudes ó errores personales, del carácter ó habilidad de una persona reinante; pero la prosperidad ó decadencia de las repúblicas nace de causas mas generales y profundas.

Cartago, tan grande, y arruinada en tiempos de tanta luz, llama particularmente nuestra atencion; pero la falta de historiadores nacionales nos precisa á inquirir en otra parte las noticias de la memorable catástrofe. Atento solo

Tito Livio á la pomposa apariencia y á ensalzar á Roma, poco ó casi nada estudia la constitucion interior de la ciudad enemiga. Bajo este aspecto le supera Polibio, que contemporáneo y adicto á los Escipiones, pudo examinarla á fondo; pero ofuscado tambien por la grandeza se complace en admirar á Cartago, mientras rivaliza con Roma; y despues apenas menciona el intervalo transcurrido entre la guerra de los mercenarios y el principio de la tercera púnica. De Diodoro no restan mas que fragmentos, pero preciosos, y que confrontados con Apiano nos descubren el mal de aquella república (1).

Ven- El engrandecimiento de Roma y los celos con- lidad. tra la familia de Barca no bastan ni con mucho de los para explicar la debilidad de Cartago; la causa cargos. de esta debilidad es preciso buscarla en su misma constitucion. Primeramente debió de serle funesta la venalidad de los cargos mas elevados, que excluyendo al hombre digno, corrompia á los electores, y daba ocasion á que en una misma persona se acumulasen dignidades y facultades que importaba mantener separadas y como contrapeso ó limitacion unas de otras. Verdad es que en una república aristocrática, como era Cartago, los nobles, teniendo todos interes en conservar la constitucion interior, no trataban de destruirla, como hubieran podido; y no parece que hasta la época de las guerras con Roma se alterase en ella gran cosa el régimen, permaneciendo reverenciado el poder, y no inquietándolo las facciones.

Esta peste de las repúblicas nació ó se desarrolló en la guerra de los mercenarios. La casa de Amilcar Barca, destinada á dar á su patria proporciones de gigante, y despues á conducirla á su perdicion, comenzó entónces sus rivalidades con Hannon, las cuales se exacerbaban de suerte, que con gran trabajo pudieron obtener treinta senadores que se apaciguasen en lo mas vivo del peligro, hasta que se calmara aquel desgraciado tumulto.

Luego que este hubo cesado, renacieron las contiendas, y Amilcar se dedicó á sostener al pueblo, rodeándose de gente perversa y turbulenta, con la cual y el crédito que le adquirieron las victorias, dió una sacudida al Senado, que con todo su poder se dedicó á contrariarlo. Viendo Barca que no era bastante fuerte para gobernar, aconsejó la guerra, en la cual era necesario su brazo; invadió la España, y con los tesoros que remitió desde allí justificó el consejo y el hecho y avivó el deseo de conquistar toda la Península, para compensar la pérdida de Cerdeña y Sicilia y los perjuicios que ocasionaba á Cartago la competencia en el Mediterráneo.

Sin embargo, así como la posesion de la América debia perder á España, del mismo modo la conquista de esta redundó en grave perjuicio de Cartago. Las inmensas riquezas que de allí sacaba, ademas de corromper á los nobles y al

(1) Véanse principalmente el lib. XXV, de los fragmentos de DIODORO, el I de APIANO, y HEEREN, *Idem*, etc.

pueblo, preparaban al general conquistador el medio de comprar á la plebe y al Senado, y de encaminar á su voluntad los negocios públicos. En los nueve años que residió Amilcar en España, sojuzgando la mayor parte del país, con los tesoros de este se mantuvo fuerte en su patria, y nadie hubiera podido impedirle derribar la constitucion, si la muerte no se hubiera opuesto á sus designios.

220. Siguió sus pasos Asdrubal, que fundó en España una nueva Cartago (*Cartagena*), desplegó régia pompa, se casó con la hija de un rey del país, y en todas sus operaciones dió muestras de que aspiraba á hacer de España un Estado independiente. Un asesino apartó de Cartago semejante peligro.

221. El partido de Hannon, que no queria que su patria se durmiese á la vista de un riesgo cada vez mayor, propuso que se llamara á juicio á los que habian sido seducidos por los donativos de Amilcar y de Asdrubal; y ya iban á nombrarse unos magistrados semejantes á los inquisidores de Estado de Venecia para descubrir las maquinaciones de los Barcas, cuando Anibal lo evitó astutamente solicitando el permiso para la expedicion contra Roma.

El pueblo, primero partidario de los Barcas y despues receloso de ellos, al ver sus asombrosas hazañas volvió á favorecerlos y á sostenerlos contra el Senado. Pero los negociantes ricos que por naturaleza repugnan la guerra, y los sabios que conocian el interes de la patria, se ponian de acuerdo para procurar que la expedicion á España y á Italia no llevase mas objeto que el logro de una paz noble y ventajosa con Roma. No era, pues, pura envidia la que instigaba á Hannon á oponerse á una guerra, cuyo único resultado debia ser el engrandecimiento de la casa de Barca. Pero la generosa obstinacion de Roma y los manejos del partido contrario impidieron siempre que se entrase en negociaciones, hasta que mal parada la causa cartaginesa, el desembarco de Escipion en África, los desastres de Magon, de Asdrubal y de Anibal entre los Pirineos y los Alpes, y en fin la derrota de Zama (1), destruyeron el poder de los Barcas, y dieron influencia á los consejeros de la paz.

202. No por eso dejaron de ser los Barcas la principal autoridad del Senado: Anibal, desde el mando de los ejércitos, pasó á ponerse al frente del gobierno, y lo reformó á su capricho, reduciendo las magistraturas de perpétuas que eran á anuales. Como el podar un árbol lo rejuvenece si aun tiene jugo, y lo mata si ya está decayendo, así las reformas aumentan la vitalidad de los Estados que son todavía capaces de vigorizarse, pero ocasionan doble mal á los que se hallan en su decadencia, porque trastornan las bases, aunque débiles, en que se apoyaban las instituciones, y excitan el descontento hasta tal punto, que cada cual teme mas que al enemigo comun al suyo particular. Esto se se verificó en

(1) Véase mas arriba, pág. 701.

Cartago, donde á la sazón se exasperaron las facciones, dividiéndose en tres de ellas los ciudadanos, la romana, la nómida y la nacional, y siendo esta última la ménos numerosa, tanto que cuando Anibal se expatrió, no se encontró ya quien la organizase para elevados fines.

Ambición de conquistas. Por otra parte cada nacion tiene una vocacion particular: las unas se dedican al tráfico, las otras á la guerra; estas buscan gloria, aquellas riqueza: y á tales objetos se dirigen la educacion y las instituciones, y segun ellos se forma el espíritu público. Los pueblos traficantes quieren extender sus dominios por medio de relaciones pacíficas, los otros por las armas; aquellos establecen escalas, desarrollan el comercio, hacen cambios, satisfacen las necesidades; estos quieren territorio, súbditos y tributos; los primeros buscan el interes privado, los otros el público y la gloria. Si los unos aspiran á la suerte de los otros, ponen en riesgo su propia salud, y el caso de la moderna Inglaterra no podria ser mas que una excepcion, aun cuando el éxito lo hubiese probado.

Así mientras Cartago se dilató con el comercio, como habia aprendido de su madre fenicia, obtuvo segura prosperidad, y en cuatro siglos se hizo señora de los mares, capital del África, y se ostentó rica, respetada y pacífica. Pero cuando le entró la ambición de las conquistas, en vez de captarse por medio del comercio la amistad de sus vecinos, como hubiera debido hacer, se atrajo su aborrecimiento por medio de la guerra. Los bajeles, destinados á usos belicosos, cesaron de conducir útiles mercancías: los gastos militares consumian los caudales que el comercio llevaba al Erario; y la nacion se vió en la alternativa de abandonar los negocios mercantiles, si el espíritu marcial prevalecia, ó en el caso contrario, de tomar extranjeros á sueldo. Los ciudadanos no bastaban para tan grandes guerras; las ciudades súbditas proporcionaban de mala gana los subsidios. Verdad es que comprándose soldados y capitanes no se arrebataban los brazos á la industria ni á la agricultura, y que el dinero remediaba las pérdidas de hombres; pero no combatiendo estos por la patria, podian hacerse tiranos, ó desertar al enemigo, ó convertirse en una arma en manos del general que quisiese derribar la libertad.

Con los vencidos era dura Cartago, que asociándolos solamente á las cargas y á las fatigas, no los consideraba como colonos, sino como verdaderos dependientes, los cuales no participaban de los frutos de la agricultura ni de la industria; á diferencia de Roma, que á lo ménos dejaba apariencias de derechos á sus conquistas, concediendo á los vencidos el nombre de colonos ó aliados. Por tanto Cartago era aborrecida de sus súbditos; los Nómidas estaban siempre dispuestos á rebelarse; Utica se rebeló en efecto; otros de los oprimidos constituyeron nuevas potencias, y el verse obligada

Cartago á impedir que las colonias de África se fortificasen, la hizo accesible á todo conquistador.

El peor efecto de la ambición guerrera de Cartago fué el haberse puesto en lucha con Roma. Al estallar esta, parecia que todas las circunstancias eran propicias á la ciudad africana; ciudad rica, poderosa en el mar, dueña de média Sicilia y de otras islas del Mediterráneo, desde las cuales podia desembarcar amenazadora en los puertos de su indefensa rival. Pero Roma á fuerza de guerras se rebusteció; creció asimilándose los vecinos y extendiendo á lejanos países sus dominios; y no pudo quedar duda acerca del éxito de la gran contienda al que observase la diferencia de costumbres y de constitucion. Los Romanos, guerreros desde la infancia ó formados en los útiles trabajos de los campos; los Cartagineses comerciantes, criados en el banco y las especulaciones; para estos todo camino de lucro era bueno y ambicionado, porque llevaba al poder; los Romanos se gloriaban de despreciar el oro y sufrir la robusta pobreza: Cartago confiaba en los aliados y en el dinero; Roma solamente en sí; y mientras esta se ostentaba inmóvil sobre su roca, aquella se deslizaba sobre arenas de oro (1). Faltaba, pues, á los Cartagineses aquel valor desesperado que da las victorias ó repara las derrotas; vencidos, temian perderlo todo y se humillaban, mientras que los Romanos nada tenian que perder. Estos en la mayor extremidad sacaron á pública licitacion el terreno en que Anibal estaba acampado, y cuando Anibal propuso la paz, le respondieron: *Sal de Italia, y tratarémos.* Las derrotas de Roma no alteraron su constitucion; las de Cartago sí, y con tanto mayor daño, cuanto mas inminente era el peligro; y despues de la batalla de Zama, cercenado el poder de los magistrados, predominó el pueblo, abandonado á sus ímpetus naturales, mientras que en Roma decidia de las cosas públicas un Senado astuto y calculador. Ciertamente que abundaron en Cartago los buenos generales; y á las dotes personales de estos debió el haberse puesto en duda alguna vez la decision de la fortuna; pero la educacion no se dirigia allí principalmente á formar héroes; no se reservaba á los vencedores la solemnidad de los triunfos; en medio de las victorias se veian paralizadas las operaciones de los capitanes por la suspicacia ó el cálculo mercantil que negaba los refuerzos necesarios; debian mirar con espanto la derrota que los sometia á un proceso; y el peligro de la cruz estaba siempre á la vista del general cuando meditaba una batalla. Roma, al contrario, salió al encuentro del cónsul vencido en Cannas, le dió las gracias por no haber desesperado de la salvacion de la patria, se desprendió de todos sus haberes, y despojó á los templos y á las mujeres para organizar un nuevo ejército.

(1) Merece leerse el paralelo que hace Polibio de las dos repúblicas

Paralelo entre Cartago y Roma.

Y el nuevo ejército venció: lanzado Anibal de Italia, no pudo mantenerse ni aun en su patria, la cual de humillacion en humillacion daba alientos á sus enemigos para exterminarla. Contra el partido fiel á la causa de la nacion luchaban uno favorable á los Romanos, y otro que con sutilezas cubria ó excusaba las usurpaciones de Masinisa. Creciendo sin embargo cada vez mas el poderío de este, cobró vigor contra él la faccion nacional, y expulsó á sus partidarios. Dióse Masinisa por agraviado y se preparó á tomar venganza; y si bien los Cartagineses, cansados de su largo sufrimiento, acudieron tambien á las armas, esto mismo fué un gran mal para ellos, porque el nonagenario monarca, sostenido por sus nietos Jemsal y Aderbal, sitió su ejército, lo redujo al hambre, y le mató cincuenta y ocho mil hombres. Roma habia enviado embajadores, con el encargo de que si Cartago vencia, le intimasen que dejara las armas y se mantuviera en paz; y en caso de ser vencida, animáran al Nómida á proseguir su obra. Así lo hicieron, y mientras Cartago compraba con nuevas cesiones la piedad de Masinisa, y condenaba como reos de Estado á los consejeros de aquella guerra, se presentaba Caton en el Senado de Roma, y sacando de debajo de la toga unos cuantos higos que parecian recién cogidos: *Estos, exclamaba, hace tres dias que estaban pendientes de sus ramas en los jardines de Cartago: ¿y toleraréis tan próxima ciudad semejante?*

¡Extraña razon para destruir á un vecino! Pero prevaleció; y Roma envió á decir á Cartago que habia violado la paz, y que se dispusiera á recibir el castigo. Los cónsules L. Marco Censorino y M. Manilio Nepote se pusieron en marcha con ochenta mil infantes, cuatro mil caballos, cincuenta galeras de cinco órdenes de remos, ademas de innumerables naves de transporte, y la orden de no detenerse hasta que Cartago quedase destruida. No encontrándose los Cartagineses preparados para el ataque, expidieron nuevos embajadores con plena autorizacion para aceptar cualesquiera condiciones, y hasta para someterse á lo que determinasen los Romanos, *con tal que se conservara la ciudad.* Estos, llenándose de orgullo á medida que veian envilecerse á su rival, pidieron que en treinta dias se les entregasen trescientos rehenes de las primeras familias, como garantía de que los Cartagineses harian cuanto los cónsules ordenaran.

Pareció durísima la condicion, y no obstante se sometieron; y entre el llanto de los padres y el horror de los hombres generosos, partieron los trescientos. Pero los cónsules se reservaban dar á conocer la voluntad del Senado cuando llegasen á Utica; y en ella, temiendo que el exceso de las exigencias condujese á los Cartagineses á la desesperacion, propusieron una á una las condiciones, pidiendo primero que se proveyese de grano al ejército; despues que se les entregasen todas las galeras de tres órdenes

de remos; luego todas las máquinas de guerra, y por último todas las armas. Se entregaron dos mil máquinas y doscientas mil armaduras completas; bien perdidas verdaderamente, si no habian de usarlas los Cartagineses para la última defensa de la patria.

Cuando los cónsules los vieron desarmados é incapaces de sostener un sitio, les intimaron que desocupasen la ciudad porque iba á ser demolida y los habitantes trasladados á tres millas del mar. Los embajadores recordaron entonces á los cónsules la promesa de conservar la ciudad, pero estos respondieron que en su lengua *civitas* significaba los habitantes, no las habitaciones (1).

Aturdidos permanecieron algun tiempo los Cartagineses, afligiéndose y desconsolándose, unos deplorando haber dado sus hijos en rehenes, otros maldiciendo á sus antepasados que no habian preferido una muerte gloriosa á los humillantes tratados á que se habian sometido. Avergonzándose luego de sí mismos, convitióse su terror en ira desesperada, y resolvieron no ceder la patria. Hiciéronse armas con los metales de toda clase que restaban; todos los talleres se convirtieron en armerías; cada dia se hacian cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas, mil dardos; las mujeres se cortaron las trenzas, para hacer las nueces de las ballestas; los esclavos fueron puestos en libertad; Asdrubal, jefe de la faccion nacional, que maltratado de los suyos se habia expatriado, y con veinte mil hombres acudia á poner sitio á la ciudad, se reconcilió con sus compatriotas, redujo á la obediencia la poblacion del campo, ayudó á rechazar á los cónsules y á incendiar la escuadra romana; y Cartago se sintió animada de una nueva esperanza, la de sucumbir á lo ménos con honor. Los Romanos emplearon contra aquella ciudad toda clase de máquinas de sitio y la combatieron, si hemos de creer á Apiano, con un ariete movido por seis mil infantes y con otro empujado por infinito número de remeros; pero la pericia de Asdrubal y el valor de los Cartagineses rechazaron los ataques de los sitiadores.

Parecia, sin embargo, que al nombre de los Escipiones iba unida la victoria en las guerras púnicas. Emiliano, hijo de aquel Paulo Emilio que habia vencido á Perseo, adoptado por Escipion Africano, y elevado al consulado ántes de tener la edad para ello, fué enviado al África. Á su llegada, salvó al ejército próximo á perecer; recogió la herencia del difunto Masinisa; tomó el barrio de Cartago que se llamaba Megara; extendió las líneas de circunvalacion al traves del istmo que la unia á la tierra firme; alzó una elevada muralla, con torres desde donde

(1) Hasta Rollin, admirador apasionado de la equidad romana, se afana inútilmente por encontrarla en aquellas atroces infamias, y exclama: *On n'y reconnoît pas, ce me semble, leur ancien caractère, cette grandeur d'âme, cette noblesse, cette droiture, cet éloignement déclaré des petites ruses, des déguisements, des fourberies, qui ne sont point, comme il est dit quelque part, du génie romain.*

podía ver cuanto ocurría en Cartago; y después echando mano de los ritos sagrados, profirió contra la ciudad la fórmula de imprecación para enemistar contra ella á los dioses, y para consagrar á la venganza de las Furias á todo el que hiciese resistencia á Roma (1).

146. Reducidos los Cartagineses al extremo, quisieron hacer el último esfuerzo; y sin detención, trabajando hombres, mujeres y niños, abrieron al traves de las rocas una nueva salida á su puerto, y lanzaron contra los Romanos otra escuadra construida con la madera de sus demolidas casas. Otros se adelantaron á nado hasta las máquinas de los Romanos, y saliendo de improviso de las aguas, encendieron teas y las prendieron fuego, poniendo en fuga con espanto á los sitiadores.

Toma de Cartago. 140. No obstante, triunfó Escipion y entró por asalto en Cartago, donde aun se defendieron los ciudadanos de calle en calle, de casa en casa, durante seis días y seis noches, y llenaron de sus cadáveres la patria agonizante. Cincuenta mil encerrados en la ciudadela de Birza, pidieron y obtuvieron la vida. Los desertores, refugiados en el templo de Esculapio, previendo la suerte que les aguardaba, incendiaron su asilo, y en él perecieron. El general Asdrubal, que habia dirigido valerosamente los esfuerzos de sus conciudadanos, y que siempre que se proponian condiciones y contestaba Roma que se demoliera á Cartago, protestaba diciendo: *No: mientras yo viva, no verá el sol la destruccion de la patria*, no supo conservar su firmeza en la adversidad, y desalentado se postuló ante el vencedor. Pero su mujer, que habia permanecido con los últimos defensores, no queriendo sobrevivir á la ruina de la patria y á la vileza de su esposo, subió á lo mas alto del templo, vestida con sus mejores atavíos, y lle-

(1) En estos términos se evocaba á los dioses de una ciudad: *Si deus, si dea est, cui populus, civitasque carthaginiensis est in tutela, teque maxime, ille qui urbis hujus populique tutelam recepit, precor venerorque, veniamque á vobis peto, ut vos populum civitatemque, Carthaginiensem deseratis, loca, templa, sacra, urbemque eorum relinquatis, absque his abeat, eique populo civitatemque, metum, formidinem, oblivionem injiciatis; proditque Romam, ad me meosque veniat; nostrarque vobis loca, templa, sacra, urbs acceptior probatorque sit, mihi que populoque romano, militibusque meis prepositis sitis, ut sciamus intelligamusque. Si ita feceritis, voveo vobis templa ludosque facturum.* MACROBIO, Saturn. III, 9; Cf. PLINIO, Hist. nat., XXVIII, 4; SERVIUS, ad Æn., II, 344.

Estos otros se empleaban para maldecir una ciudad: *Dis pater, Vejovis, Mones, sine vos quo alio nomine fas est nominare, ut omnes illam urbem Carthagem exercitumque quem ego me sentio dicere, fuga, formidine, terroreque compleatis; qui que adversum legiones exercitumque nostrum arma telaque ferent, uti vos eum exercitum, eos hostes, eosque homines, urbes agrosque eorum et qui in his locis regionibusque agris, bibusque habitant, abducatis, lumine supero privetis, exercitumque hostium, urbes agrosque eorum quos me sentio dicere, uti vos eas urbes agrosque, capita, etatesque eorum devotas consecratasque habeatis; illis legibus, quibus quandoque sunt maxime hostes devoti, eosque ego vicarios pro mea fide magistratuque meo, pro populo romano, exercitibus legionibusque nostris do, devoveo, ut me, meamque fidem imperiumque, legiones exercitumque nostrum, qui in his rebus gerundis sunt, bene salvos sinatis esse. Si hoc ita faxitis, ut ego sciam, sentiam, intelligamque, tunc quisquis hoc votum faxit, ubi faxit, recte factum esto. Oribus atris tribus, Telius mater, teque, Júpiter, obtestor.* MACROBIO, Saturn. III, 9.

nando de maldiciones á su marido desertor, se precipitó con sus hijos en las llamas.

De setecientos mil habitantes que tenia Cartago, los mas habian perecido, y parte fueron llevados á Italia y dispersados por las diversas provincias. Cuatro millones cuatrocientas setenta mil libras de plata adornaron el triunfo de Emiliano, que entonces recibió el sobrenombre de Africano. Muchas obras maestras del arte, entre las cuales estaba el toro de Faláris, se restituyeron á la robada Sicilia; se dieron al rey de Numidia las bibliotecas, excepto los libros de Magon sobre la agricultura, que se llevaron á Roma y se tradujeron; todas las ciudades favorables á Cartago fueron desmanteladas; las contrarias aumentaron su territorio; se dió á los Uticenses el que mediaba entre Cartago é Hipona; todos los Africanos sometidos pagaron un tributo anual, y el Estado de Cartago fué reducido á provincia, con el título de África. Para ejecutar la órden del Senado, condujo Escipion el arado al rededor de las murallas, renovó las imprecaciones rituales que debian atraer sobre la causa vencida la enemistad de los dioses, y después entregó la ciudad á las llamas, que en diez y siete días la consumieron.

Así, después de siete siglos y medio de existencia, y dos de lucha contra Roma, fué exterminada Cartago sin objeto ni razon, y este mismo acto de bárbara crueldad formó la gloria de la familia de los Escipiones, tan humana y culta, y que siempre se habia opuesto á destruccion semejante; la gloria de Emiliano, personaje tan alabado por su blando carácter, elegido por Ciceron como principal interlocutor en el diálogo de la república, y de quien se dijo que *no habia hecho ni dicho nunca cosa que no fuese digna de elogio*. Pero Roma en la idea de elogio no comprendia la de humanidad, y todo lo que no era romano carecia para ella de importancia.

Viendo Escipion el estrago de tantas ciudades, quedó absorto en sombrío silencio, y suspirando luego exclamó con el Héctor de Homero: *Llegará un día en que el sagrado muro iliaco, y Priamo y toda su gente caigan*. Preguntado por Polibio lo que entendia por Troya y por gente de Priamo, él, sin nombrar á Roma, respondió que queria decir que los Estados mas poderosos se ven á su vez humillados y arruinados segun place á la fortuna (1).

Parece que debia producir gran cambio en el comercio del mundo la caída casi contemporánea de las dos ciudades mas traficantes, Corinto y Cartago; pero Ródas y Alejandría se habian atraído ya los principales negocios, y Utica sucedió á su señora y vecina.

Aun cuando los Romanos maldijeron á todo el que edificase sobre las ruinas de Cartago, pasados veinte y cuatro años fué enviado Cayo Graco á establecer allí una colonia. Después, en tiempo

(1) Polibio en APIANO. — EUTROP., lib. IV.

de Augusto se reedificó; en los tiempos del emperador Gordiano, Herodiano la llama tan grande y populosa que solo cedia á Roma, y rivalizaba con Alejandría; Amonio la coloca en tercer lugar después de Roma y Constantinopla; y Salviano cita su grandeza poco ántes que los Vándalos la invadiesen, y nombra su acueducto, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, el pretorio, el teatro, los templos de Esculapio, de Astarté, de Saturno, de Apolo, las basílicas y las plazas. Finalmente, los Sarracenos en el siglo VII la destruyeron del todo; y así como un tiempo se sentó en sus antiguas ruinas Mario á madurar su venganza, del mismo modo vino á morir sobre las nuevas San Luis, meditando en la vanidad de las grandezas humanas, y confortándose con inmortales esperanzas.

## CAPÍTULO XVII

Literatura griega

Apartemos ya el ánimo de este incesante espectáculo de batallas, y démosle reposo en la plácida contemplacion de las obras del entendimiento y de las luchas fecundas del saber.

Acaso no nos presenta la Historia ninguna otra edad en que tan generalmente como en esta dominase entre los Griegos el deseo de adquirir conocimientos y se honrasen los literatos y artistas. Los reyes, buenos ó malos, virtuosos ó disolutos, los ricos, las ciudades florecientes ó en decadencia, amaban las artes como adorno de la vida ó como instrumento de placer y de olvido. Á Sición acudian todos los pintores á visitar aquella escuela, si bien la ciudad decaía bajo el cetro de los tiranos; y las cortesanas aspiraban á atraer á sus reuniones á los principales literatos, y adornar sus gabinetes con las mejores obras del pincel ó del buril. No tiene ya solamente el historiador delante de sí á Aténas y Méfis, sino que debe recorrer todos cuantos reinos se formaron del despedazado cetro del Macedonio, y ver á generaciones enteras trasladarse allí donde ántes viajaban apenas los Pitágoras y los Platones, y bajo nuevo clima, en nuevo suelo, al aspecto de otra naturaleza y de otros monumentos, modificar su genio.

Los Tolomeos, con generosa proteccion llamaron á su corte á cuantos tenian fama y mérito, y Alejandría se convertia en centro de las relaciones que se anudaban entre los nuevos Estados, entre el Oriente y el Occidente. No ménos favorecieron las letras los reyes de Pérgamo, que rivalizaban con los Tolomeos en la esplendidez con que pagaban los cuadros y los libros y premiaban á los literatos, y que al ver que los reyes de Egipto impedian que se llevase allí el papiro del Nilo, inventaron el papel membranáceo, por eso llamado pergamino.

Pero entonces mas que nunca se demostró hasta la evidencia que no basta el favor de los príncipes para que florezcan los ingenios, por-

que aquella planta no produjo mas que frutos desabridos, trabajos de escuela, artificios de erudicion, nada que descubriese genio ni espontaneidad. Se habia cesado de crear para ocuparse en el análisis, en los preceptos, en hacer mucho en vez de hacer bien; la memoria ocupó el lugar de la inspiracion; se procuró escribir sin defectos, pero se suprimieron las bellezas; se supo justificar con el ejemplo y con la autoridad cada paso que se daba, en vez de hacerse perdonar los defectos con el vigor del genio.

La libertad habia perecido en Grecia y aun allí donde se conservaban las formas, ya el ingenio no era inspirado por la vida pública, por los grandes intereses de la nacionalidad, ni por las luchas magnánimas contra los invasores de la patria. La comedia estaba aherrojada; habia enmudecido la elocuencia ó se reducía á flores retóricas, y la poesía servia solamente para adormecer á los súbditos y adular á los reyes. Entretanto se aumentaba la corrupcion, ni siquiera velada ya con formas elegantes; y Aténas, Tarento, Mileto y Antioquia eran teatro de excesos, sobre los cuales conviene tender un velo, pudiéndose decir otro tanto de las ciudades aqueas, y aun mucho mas de las capitales de los reinos. Por otro lado, la guerra se encrudecía; cada sucesion era un nuevo asesinato, y los parricidios y los incestos llegaron á ser, digámoslo así, acontecimientos cotidianos.

El celo de los reyes de Pérgamo y de Egipto por recoger libros, no era tanto un sabio afán de facilitar medios á los estudiosos, cuanto una ostentacion, una porfia. No clasificaban los autores segun el mérito y la materia, sino segun su rareza, y en un estante especial se ponian los libros que habian llegado por mar (*τὰ ἐκ πλοίων*). Esta manía impedía que pudieran distinguirse los libros auténticos de las imitaciones, producto de la codicia; al mismo tiempo que los literatos, proponiéndose por fin de sus estudios obtener un puesto en el Museo ó en la Biblioteca, carecian de naturalidad, de vigor, de libertad y de inspiracion espontánea. Como acontece cuando faltan autores originales, se aumentó el número de los criticos; aquellos literatos sabian dar razon de toda voz y de toda construccion, mejor que lo hubieran podido hacer Tucídides ó Aristófanes; pero sus razonamientos eran débiles, vaga su fantasia, y estimaban en mucho poder acumular autoridades, aun falseándolas frecuentemente.

Homero fué el idolo de aquel tiempo, mas bien adorado que reverenciado, y sus libros se comentaban con una ímproba erudicion que sofocaba el genio. Demetrio Falereo componia tratados acerca de ellos. Zenodoto se entretenia en sacar la leccion mejor de entre los diversos ejemplares que habia en la biblioteca de Tolomeo; vinieron luego comentarios sobre comentarios; el mismo Tolomeo Evergétes compuso una disertacion critica sobre la Iliada, y Filopator erigió un templo al poeta Meonio.

Aristarco de Samotracia, dedicándose á en-